EL TRAJE BLANCO

Emilio García Garrido

Parecía que mis manos iban a caer, dejando de formar parte de este desgastado cuerpo. Mis dedos apenas podían sostener el pico de piedra que elevaba con mis últimas fuerzas absorbidas por el calor que emanaba aquel lugar.

Desde chico siempre he sabido que los negros somos inferiores. Los blancos necesitan el poder para hacer el bien al planeta. Por eso estoy aquí, talando en una mina en la que respirar es un auténtico reto. Nunca me preguntaron si yo quería hacer esto. Simplemente nací así, y como el resto de mis compañeros, trabajo duramente día y noche por el bien de todos.

Posiblemente esto solo sean pensamientos errados de un pequeño negrito que no conoce ni su nombre. Al nacer me pusieron un número, suficiente como para poder identificarme del resto de negros. Tampoco me importa mucho, ya que, ¿qué más da tener un número que un nombre? Nadie se ha quejado, así que yo tampoco lo voy a hacer.

Realmente trabajar en una mina es bastante agotador. No sé cuándo es de día o de noche, y las horas aquí dentro parecen no pasar. Al menos tengo compañeros a mi lado, pero nunca hablamos, ya que no sabemos de qué hablar. Un niño que no entiende nada, como nosotros, y que solo vemos la oscuridad de una mina, no tenemos temas ni conocimientos suficientes como para hablar de algo. Nunca hay nada interesante de lo que conversar.

Llevo usando esta misma ropa durante dos años, excepto un día que nos dieron ropa nueva, pero no era de mi talla. Como no podía quejarme, yo me limité a ponérmela, agradecido por tener algo nuevo y limpio que ponerme. Pero desde esa vez no he vuelto a recibir ropa nueva. A veces las moscas me rodean, se pegan a mí. No sé si será que les gusto, pero tampoco entiendo por qué vienen.

Nunca he entendido ni nunca entenderé por qué los blancos se quedan mandándonos y nosotros hacemos el trabajo duro. ¿Acaso mis padres firmaron algo para que trabajase por el bien de la humanidad? Como no sé quiénes son mis padres, tampoco puedo preguntarles eso en persona.

Un silbato sonó fuera de la mina. Era hora de la ducha. Salimos todos y nos quedamos desnudos. Posteriormente nos echaron un barreño de agua a todos por encima y nos pusimos nuevamente los uniformes para dormir en el césped. Todas las noches de invierno nadie consigue conciliar el sueño debido al frío que nos hiela los huesos, pero aun así no podemos entrar a ninguna tienda de campaña de los blancos. Cuando nos resfriamos debido al cambio de temperatura, trabajamos como siempre. Hay veces que algunos negros mueren dentro de las minas. Una vez, un compañero mío cayó tendido a mis brazos sin fuerzas, pidiéndome que huyese de este lugar justo antes de morir.

Tampoco comprendo por qué me dijo esto, si no hay otro sitio. Vaya a donde vaya siempre encontraré las mismas situaciones. O eso dicen.

Desperté al notar una fuerte patada en el pie. Era la forma más común de despertarnos, que siempre venía acompañada de un grito.

- ¡Animales! ¡A trabajar!

No es que me agrade su conducta hacia nosotros, pero es lo que hay. Ya me he acostumbrado con el paso de los días a que me llamen de esa forma. Quejarnos no nos sirve de nada, y menos con quince años de edad. Si contradecimos a los blancos nos torturan. Tienen una sala llena de artilugios que hacen daño y muy peligrosos. Nadie puede acercarse a esa sala, además de que está rodeada por guardias de seguridad que impiden su acceso. Si viesen a alguien intentando colarse en la habitación, no cabe duda de que lo matarían. Por eso nadie hace nada que no sea obedecer las órdenes de los blancos.

Tengo mis inquietudes, como cualquier otro niño. Pero estar encerrado en este espacio me impide observar más allá del campo, por lo que no tengo ni la menor idea de qué hay en ese horizonte que no parece acabar nunca. ¿Habrá más animales negros de nuestra especie y personas blancas?

Como siempre, hicimos una fila mientras caminábamos silenciosamente hacia la mina. Sin embargo, esta vez un blanco me paró.

- Tú.

Yo me di la vuelta, extrañado y con mucho miedo.

- Ven aquí.

Obedecí, como siempre. El blanco me señaló un barreño lleno de agua que tenía a su lado un enorme montón de ropa.

- Limpia –me dijo, mientras se marchaba.

Hoy iba a tener que limpiar la ropa de todos mis superiores. Aunque fuese una tarea difícil, sabía que era por el bien de todos, y que gracias a mí posiblemente en aquellos sitios que me eran desconocidos la vida de otras personas fuese mejor. Todas las noches oramos para que el pueblo prospere y que gracias a nuestro esfuerzo familias que no conocemos se sientan mejor. ¿No es fantástico? Pero, ¿y si todo eso fuese una mentira? ¿Y si tan solo me tratan como un objeto del que abusan? ¿Será esa la razón por la que todos están aquí tan tristes? Sea cual sea la respuesta solo hay una solución, por lo que preocuparme o no de las preguntas que rondan por mi cabeza no sirven de nada.

Vi llegar a un camión. De él salió un blanco y un negro, al cual le calculé una edad aproximada de catorce años. Como yo. Le seguí con la vista mientras me esforzaba en limpiar todo lo que me quedaba y fue entonces cuando él se dio cuenta de mi presencia y me devolvió la mirada tristemente. ¿Sabía acaso dónde se había metido? Porque yo no sé cómo llegué a este lugar, ni tampoco conozco la razón de estar aquí. A veces pienso en los niños blancos, ya que todavía no he visto a ninguno por este campo. Muchas noches rezo para que estén bien en el campo donde estén forzosamente trabajando como todos nosotros. ¿Serán sus minas mejores que estas? ¿Tendrán más espacio para respirar o más luz? ¿Le cambiarán de ropa cada día? ¿Conseguirán la comida que desean cuando quieren? Porque nosotros comemos dos veces al día. Desde

pequeño me dijeron que las personas comen una vez al día, por lo que me siento afortunado. Comemos a mediodía y al anochecer un plato de algo que sé lo que es. Al principio no me gustaba porque olía mal y era de un color verde oscuro. Cuando soltaban la comida del cucharón se escuchaba cómo una masa asquerosa de algo caía en el plato. Pero como es lo que hay, no me quejo. Ni aunque te estés muriendo de hambre te dan más de comer, ya que dicen que hay que ahorrar para el bien de la humanidad.

Por la noche me acerqué para hablar con el chico nuevo.

- Hola, ¿cómo te llamas? –le dije.
- Soy el número dos millones seiscientos mil quinientos noventa y tres.
- ¿Sabes leer números?
- Sí.
- ¿Cuál es mi número?
- Es fácil. Tiene muchos ceros. Es el dos millones.
- ¿Cómo has aprendido tanto?
- Aprendí de pequeño.
- Pues yo aprendí de pequeño a escribir. Me sé todo el abecedario y muchas normas ortográficas.
- ¿Ah, sí? ¿Cómo se escribe mi número?

No pude escribirlo por falta de material, pero igualmente seguimos manteniendo una conversación durante toda la noche que hizo que una nueva relación amistosa diese sus frutos. Ahora me sentía más a gusto en aquel sitio donde día a día daba lo mejor de mi fuerza para el bien de la humanidad.

Los días transcurrieron sin novedades. Dentro y fuera de las minas siempre estaba con mi único amigo. Así el tiempo se me pasaba más rápido. Era una fortuna haberlo conocido.

- Dos millones.
- ¿Qué?
- Me duele aquí –dijo, señalando su pecho.
- Díselo a alguien superior. Sabrá qué hacer.

Sin embargo, no dio tiempo a hacer nada, ya que el cuerpo de mi amigo se quedó quieto, como petrificado. Le dije que qué le pasaba, pero no obtuve respuesta. Le miré a los ojos, y no pestañeaba. Tampoco respiraba. Entonces supe que lo había perdido para siempre.

Lo que sentí en aquel momento fue una sensación que nunca antes había experimentado. Se me hizo un nudo en la garganta y mis ojos empezaron a lagrimar. Y entonces empecé a llorar.

Pasado un tiempo y sin saber cómo, el feje blanco me escogió a mí para ser su cliente especial. Ahora estaba bajo sus órdenes en su cabaña y la mina no volvería a verla hasta después de mucho tiempo. La verdad, me sentí muy bien al estar metido en aquel sitio. Allí sí había luz, espacio y aire.

Andaba de un sitio para otro sin distracciones, absteniéndome tan solamente de cuidar de mi superior. Logré averiguar que se llamaba Renén, y gracias a eso me di

cuenta de que era el jefe de todo esto y que a él se debía que yo estuviese aquí. Eso me hizo ponerme más nervioso, ya que era el más importante de todos. Si no lo satisfacía con sus órdenes, no quisiera saber de qué era capaz.

Cuando estaba en la cocina, escuché un grito proveniente de la habitación donde estaba Renén. Yo corrí, dejando caer el plato que estaba limpiando. Entonces vi la terrorífica imagen del hombre blanco tapándose los ojos y moviendo su cuerpo incontroladamente a causa del dolor. Me rondaron miles de dudas por la cabeza. No sabía de qué forma actuar.

- ¡Señor! ¿Está bien? –pregunté.

Tan solo obtuve como respuesta más gritos que cesaron tras haber pasado unos segundos. Ahora la sorpresa vino al ver cómo Renén se movía por la sala chocando con todo lo que tenía a su alrededor y moviendo sus brazos con una triste mueca en su rostro. No tardó en llegar un blanco en su rescate, pero vio que era demasiado tarde tras deducir que su jefe había quedado ciego.

Por la noche todo estuvo lleno de enfermeros y policías. A mí el tema tampoco me importaba mucho, ni tampoco era el más adecuado para involucrarme en él, pero logré escuchar entre el murmullo de las personas que tenían como plan echarnos a los ojos una sustancia que nos dejase ciegos y así poder trabajar sin descanso hasta volvernos locos.

Aquella noche descubrí que todo esto era una mentira. Que estaba viviendo en una máscara que me ocultaba de una realidad optimista, y que tan solo había sido tratado como un esclavo no para el bien de la humanidad, sino para el bien de los blancos. No comprendía por qué era tan distinto a ellos. Quizás no les caía bien, pero yo tampoco puedo caerle bien a todo el mundo. Qué injusticia… Quiero que me den una oportunidad y que me dejen vivir felizmente, como hacen todos los demás blancos.

A la mañana siguiente nos comunicaron que el jefe blanco se recuperaría dentro de unos días, pero que todo seguiría como hasta ahora. Incluso él seguiría mandando.

Yo me dirigí a la cabaña de Renén, esperando órdenes de alguien ciego. Me dio mucha pena verlo en esa situación, ya que en esos momentos no podía disfrutar tanto la vida como antes.

- ¿Hay alguien? –preguntó.
- Sí, señor.
- Tengo sed.

Yo le traje un vaso de agua y se lo coloqué sobre la mesa, pasando como desapercibido el detalle de que no podía ver.

- ¿Y el agua?
- Perdona, está en la mesa. Abra la mano. Le pondré el vaso.

Le costó colocar el vaso en la boca, por lo que lo ayudé con mis finos brazos a que bebiese más fácilmente.

- Gracias, soldado.

¿Me había llamado soldado? Debía de ser una equivocación. Y más aún tras haber precedido su palabra con un agradecimiento.

- Perdona, pero yo no soy un soldado.
- Soldado Chapel, ¿cómo te atreves a decir que estoy equivocado? Sé reconocer tu voz a la perfección. No quiero escuchar tus mentiras. Si te aprovechas de mi problema actual ya verás la que te caerá cuando recupere la vista.
- De acuerdo, jefe –dije, sin querer enfadarlo más.

Dos días después a aquel suceso noté cómo Renén empezaba a sentirse abatido.

No dudé en que fuese por su ceguera, y justo cuando entré por la mañana pude escuchar sus lamentos. Efectivamente el aislamiento que tenía con la sociedad y no poder visualizar las cosas le estaba empezando a afectar psicológicamente. Tras cerrar la puerta de su cabaña puso toda su atención en mí.

- Soldado Chapel, ¿eres tú?
- Sí, jefe.
- Quizás te resulte extraño, pero hoy solo quiero que me escuches. Estoy empezando a sentirme muy mal. Nunca he sentido esto… ¿estaré enfermo de sentimientos?
- Señor, eso no existe –contesté, sentándome a su lado-. Cuénteme.
- No sé por qué, pero necesito hablar con alguien. Es tan injusto que yo esté sin ver nada… Ahora mismo podría estar disfrutando del amanecer, del verde césped recién regado, de los saludos de todos mis soldados… Pero ahora tan solo escucho cómo los negros sollozan a las afueras de esta cabaña.
- ¿Qué tal si los libra de esta crueldad?
- ¿Crueldad? ¡Soldado, nunca vuelvas a decir eso! ¡Los animales han nacido para obedecer a sus superiores! ¿Cómo puede un soldado decir semejante atrocidad?
- Perdona, no quería decir eso exactamente… -mintió.
- Como iba diciendo, estoy empezando a ponerme muy triste. No quiero saber cómo terminaré con mi estado anímico si no consigo recuperar la visión. ¿Te imaginas pasar los días sin ver nada? ¡El tiempo pasa lentísimo, no sabes lo que te rodea, no sabes cómo está la gente mirándote…! Si esto es una maldición de Dios por alguna fechoría, que me perdone. ¡Que Dios me perdone y me devuelva la vista!

Renén empezó a llorar desconsolado. Yo lo abracé. Nunca imaginé que aquella escena pasaría por mi vida. Apoyó su cabeza mientras su río de lágrimas desembocaba en mi hombro, y cuando me olió me mandó tomar una ducha. Pero era negro.

Pasaba los días al lado de mi jefe. Me sentía un auténtico soldado blanco. Día tras día escuchaba las penas de Renén que no me resultaban nada aburridas. Era extraño ver que alguien que actuó tan mal con los negros pudiese llorar. Y yo que pensaba que los malos no lloraban…

Siempre hablaba de su tristeza, que cada vez aumentaba más. Yo asentía, siempre dándole la razón. Parecía que en estos momentos yo era su único amigo. Le preparaba el desayuno, la comida y la cena. Había días en los que él me dejaba que le

sorprendiese con un plato sorpresa. «Grumete, sorpréndeme», me decía. Hubo noches en las que los dos nos emborrachábamos y contábamos chistes sin gracia pero que al alcohol sí les parecían divertidos. Un día me sorprendió con algo que me dijo: « ¿Sabes qué? Gracias a ti, he aprendido a ver con el corazón. Ya no me importa estar ciego. Soy feliz».

Una mañana desperté por el gran revuelo que había en la caballa de Renén. Gritos de alegría, silbidos, aplausos… Parecía que algo bueno había ocurrido, y yo me aproximé a la zona eufórico. Estiré mi cuello para intentar divisar algo entre todas las personas que había alrededor de mí, y entonces pude ver cómo todos sonreían al jefe blanco: había recuperado la vista de forma satisfactoria.

Yo me puse muy contento, e irracionalmente empecé a aplaudir emocionado… hasta que Renén se percató de que allí estaba yo. Un negro. Me miró enfurecido, y enseguida se me acercó:

- ¡Tú! ¿Qué haces aquí? ¡Trabaja!
- Renén, soy yo. ¿No reconoces mi voz?

Renén abrió los ojos cuando se dio cuenta de que había estado todo este tiempo confundido conmigo, y que no era con el soldado Chapel con quien había estado hablando en estos días. Sin embargo, tuvo una conducta algo extraña hacia mí tras darse cuenta:

- ¿Voz? ¿Qué voz, la de un animal casi muerto? ¡Ve a trabajar, no sé de qué me estás hablando! ¡Por ponerme a prueba, trabajarás de nuevo en la mina!

Sabía que no quería aceptar la realidad, porque para él era imposible pensar que hubiésemos podido entablar una amistad.

Aquel mismo día, fallecí en la mina. Nada más darse cuenta de aquel suceso el jefe blanco se encerró en su cabaña. Dicen que echó las persianas y cerró la puerta con llave. Los soldados, con mucha curiosidad, se acercaron a la puerta y pudieron escuchar los sollozos y lamentos de aquel blanco animal.